



I

MOCEDADES

Un día del año de 1504—el mismo en que dejó este mundo Isabel la Católica—, en la ciudad de Salamanca, insigne en letras y ciencias, en pie ante la portada de la Universidad, platicaban dos estudiantes acerca de un sujeto, antaño su compañero y amigo. Era uno de los escolares extremeño, de gesto grave; el otro, segoviano, con trazas de ladino y socarrón.

—¿Y es noticia cierta?—preguntaba el segundo.

—Ciertísima—afirmaba el primero—. Lo

sé por el propio Francisco Núñez de Valera, que es su tío, y en su casa moró cuando cursaba estas aulas. Y no es la primera vez que lo intenta. Cortés ha querido pasar á las Indias con Nicolás de Ovando, y si no cae envuelto en las piedras de la pared de un trascorral, de noche, por hablar á una mujer, y con ello no se le recrudecen las cuartanas, ha tiempo que por allá andaría.

—Pues no creyera yo, Bachiller, que Hernán hiciese más, sino irse con Gonzalo de Córdoba á Italia, donde, con igual riesgo y menor fatiga, hay más gusto y diversión; que él es de suyo bullanguero...

—En eso andáis errado—objetó el otro estudiante—. Más gusto para la inclinación de Cortés habrá en las Indias, donde diz que el oro se mide por hanegas y se ven pueblos con casas de tejas de oro y paredes de plata.

—A conseja me huele—repuso el segundo—. Ya será menos el oro, y harto el trabajo. Y son allí los naturales muy fie-ros, y gustan del plato de carne humana.

—A mi paisano, como yo nacido en Medellín—declaró con énfasis el extremeño—, no vendrá peligro que le encoja y arrugue el corazón, que bien colgado lo tiene. ¡Asaz le conoce vuesa merced, por vida mía! Resueltos los habrá, pero más que él, ninguno. Y sepa que lo de su hidalguía lo lleva Cortés muy montado en la voluntad, y le oí varias veces que ha de hacer como su linaje brille y resplandezca al igual de los primeros de España.

Rióse con fisga el maligno segoviano, que no parecía tan amigo de Cortés como el Bachiller de Medellín, y repuso sardónicamente:

—De sobra nos ha costado el cuento del linaje... de sus cuatro linajes, ¡Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano! ¡Hidalgüelos vanos y hambrones! Hijo soy de un pañero, y puede que haya comido en mi casa mejores ollas que Cortés en la suya, que bien alcanzados andan sus padres, si no yerro.

—Por lo mismo, quiere él remediar esta

mala fortuna, á ver si logra lo que no logró su padre, el buen Martín Cortés de Monroy, á quien de poco le valió ser teniente de una compañía de jinetes con Alonso de Monroy, el claverero de Alcántara. Y yo os digo, seor Marchena, que llegará el hijo á do el padre no pudo; y no ignoráis, si ya la malicia os consiente confesarlo, que, á más de alentado, es ingenioso, que pronto se hizo buen latino, que compone gentiles versos y que tiene sus puntas y ribetes de teólogo. Todo por los aires, pues frisaré ahora, lo más, en los diez y nueve años, y hace ya dos que falta de aquí.

—Ello será como gustéis, pero juzgo á Cortés mozo travieso, desasentado, amén de sobrado amigo de andar á la flor del berrero, y en demasía dado á mujeres...

—Bien se echa de ver—respondió picarescamente el extremeño—que tuvisteis con él algún desabrimiento por celos de ojos negros y gentiles talles, y puede que anduviesen en ello pendencias ó estocadas. ¡Abo-

nado es para ello mi paisano! ¡No medre yo, si en las Indias no deja memoria!

No se sabe si, con el tiempo, llegó el segoviano adverso á Cortés á persuadirse de la razón que al Bachiller asistía al profetizar al mozo brillante porvenir. Lo que nos enseña la historia es que, por aquella fecha, Hernán Cortés embarcó en una nao de Alonso Quintero, y hallándose muy apurada y en peligro la embarcación, á pique de embarrancar contra las islas Caribes (cuyo nombre dice bastante), una blanca paloma se posó en el tope del palo mayor, y Cortés, que no era miaja supersticioso, pero creía á puño cerrado en su destino, dió por hecho que aquello significaba haberse salvado la nao y sus tripulantes, como sucedió.

Estaba Hernán Cortés, cuando desembarcó en Santo Domingo, en la flor de una mocedad vigorosa, después de una niñez tan enfermiza que se le contó muchas veces por muerto. El paludismo que engendran las balsas ó charcas donde bebe el ganado en las Extremaduras, paludismo que aún hoy

subsiste, se le había metido en las venas, y al caer entre los escombros de la pared, lo sufría aún, pues dicen las crónicas que, con tal motivo, "se le recrecieron" las cuartanas. No hubo mejor manera de echar de la sangre los gérmenes tenaces de tal veneno como la travesía y el cambio de aires, y ya debió de mejorar su salud aquel viaje á Valencia, después del cual, decidido á pasar á las Indias, volvió á su casa para obtener de sus padres dineros con tal fin.

Tal vez á las cuartanas quepa atribuir el color, no moreno, sino ceniciento, del rostro de Cortés: de estas caras grises han pintado muchas Pantoja, Zurbarán y el Greco. Vencida la influencia de la fiebre, quedó Cortés rehecho y saludable, y era de cumplida estatura, habiendo heredado de su madre la recia complexión. Aunque poseía el buen diente y franco estómago de los que han de soportar bravamente privaciones y fatigas, del vino no fué amigo, ni lo bebió sino en corta cantidad. En su carácter se maridaban un valor absoluto y una astucia

ulisiaca: era ansioso de gloria y honra, y se estimaba á sí propio.

Habiendo desembarcado Cortés en Santo Domingo, el Secretario del gobernador Ovando ofreció al recién venido tierra que labrar. No aceptó, porque iba á otra cosa, y lo declaró: á buscar oro. Y buscar oro es, si bien se mira, lo que hicieron cuantos acometieron empresas arriesgadas, empezando, en la serie histórica, por la de los Argonautas, que trataban de conquistar el vellocino áureo. A pesar de todo el progreso y humanidad que en nuestra época se supone, estamos presenciando una guerra colosal, nunca vista, y terriblemente destructora, y sus causas son del orden económico. Oro, en una forma ó en otra, oro.

Había, sin embargo, en el ánimo de Cortés algo más que el mero deseo de ganar oro. Notaremos que pronto el ansia de gloria—nacida en él, al paso que se fué delineando su empresa, la más grandiosa que conocieron los siglos—cambia el propósito del buscador de oro por el del conquistador.

Al regresar Ovando á la Española, confirió á Cortés un repartimiento de indios y la escribanía del Ayuntamiento de Azúa. En el mundo acabado de descubrir, los españoles, con la energía que entonces revelaban, imprimían su sello, estableciéndolo todo como en su Patria y dando al Municipio la importancia que en España revestía esta institución.

Permaneció Cortés cinco ó seis años en la Isla, pero no entregado á ocupaciones pacíficas y sedentarias, sino guerreando á las órdenes de Diego de Velázquez, el que luego había de venir á ser su adversario. Combatían á los indios sublevados, los cuales pugnaban por su independencia, intento que alabo, porque es de instinto y de derecho natural oponerse á la invasión extranjera, y hasta las alimañas monteses defienden su libertad y su albedrío contra los cazadores que las persiguen. En aquella ocasión, el alzamiento de los indios llevaba á su frente un Jefe hembra: la viuda caciquesa Anacoana.

Tuvieron la ventaja aquellas guerrillas de Santo Domingo de endurecer á Cortés en la fatiga y habituarle á pelear con los indígenas y á conocer sus estratagemas y costumbres. También se cuentan de Cortés, en aquel período, riñas á estocadas por asuntos de galantería, pues, aunque pocas, algunas mujeres españolas había ya en Santo Domingo. En uno de estos lances le hirieron bajo el labio inferior, y siempre se le conoció la cicatriz, visible entre la barba rala y crecida que le adornaba el rostro.

Ansiaba Cortés probar nueva fortuna, y tenía resuelto embarcarse con Diego de Nicuesa para la expedición desdichadísima de la costa de Veragua, cuando le deparó su buena estrella una postema en el empeine del pie derecho. Sujeto por el mal, tal vez evitó la muerte. Las enfermedades sirvieron siempre á Cortés, en vez de hacerle daño.

Al ser enviado Diego de Velázquez por el almirante don Diego Colón á la conquista de la Isla de Cuba, con él fué Cortés, en

un puesto subalterno. Velázquez, sin embargo, se valía mucho de él, conociendo sus arrestos é inteligencia. En Cuba se enredó Cortés en galanteo con doña Catalina Juárez, hermana de Juan Juárez, ó Suárez; y, aunque la dió palabra de casamiento, recelaba cumplirla, acaso por haber visto á doña Catalina algo liviana en los primeros tratos. Intervino el gobernador Velázquez, enamorado de otra hermana de Suárez, engendrándose la disensión. Velázquez le prendió y le echó grillos; Cortés supo quitárselos, y, saltando por la ventana, se puso en salvo en una iglesia. Le acecharon, le cogieron de nuevo y le llevaron, con nuevos grillos, á un buque. Siempre rápido en la acción, Cortés volvió á soltarse de los hierros, y, desatando un bote, y luego á nado, con papeles de interés atados sobre la cabeza, llegó á tierra y se acogió segunda vez al asilo del templo. Al fin, estrechado por Velázquez, no tuvo más remedio que aceptar la boda con doña Catalina. “Se casó Cortés—dice un cronis-

ta—porque lo había prometido, y por vivir en paz.”

Aparentemente reconciliado con Velázquez, se abrazaron los dos enemigos y hasta, según referencias, durmieron en la misma cama. Cortés, que poseía capacidad para todo, habiéndose dedicado á la labranza, trajo á Cuba varias especies de ganado útil y señaló ricas minas. Entre tanto, no se descuidaba en gestionar que le concediesen lo que realizaba sus sueños: el mando de la expedición que se preparaba á fin de completar lo emprendido por Juan de Grijalba en la península de Yucatán. Aunque Grijalba era buen capitán y, además, se había conformado á las instrucciones de Velázquez, éste quedó descontento, y para dar cima al propósito, pensó en Cortés. Concertóse que le correspondía el mando de toda la Armada y el tercio de lo que se ganase, “pues—dice un fiel cronista—el intento de Velázquez era, más que poblar, rescatar riquezas”. Las noticias del país, antevisto ó medio adivinado por los com-

pañeros de Grijalba, eran fascinadoras. Allí el oro debía de correr á raudales.

Y acaeció entonces que yendo á misa un domingo Diego de Velázquez, y á su derecha Cortés, un truhán, llamado Cervantes el loco, probablemente asalariado por los Suárez, se encaró con el Gobernador y le gritó:

—Diego, Diego: ¿qué Capitán has elegido?, que es de Medellín, de Extremadura, Capitán de gran ventura, mas temo no se te alce con el Armada, ¡que es gran varón en sus cosas!

Y, sin duda, oyó aquella misa algo caviloso el gobernador Diego de Velázquez.



## II

## PRESAGIOS

Grijalba había tocado en Yucatán y continuado hasta Tampico. Por la semejanza de los edificios con los de España, *Nueva España* nombró luego Cortés á aquel país y al dilatado Imperio de que formaba parte, constituido por la federación de tres reinos: el azteca, cuya capital, Tenochtitlán, se asentaba sobre lagunas; el de Tlacopán ó Tacuba, y el Tezcucano.

El más delicioso clima, con lluvias fecundadoras y periódicas, y el trabajo de los naturales, tan batalladores como agricul-